TRABAJO PRÁCTICO	
FECHA PRESENTACIÓN	15-11-2O26 TP 1 y 30-11-2026 TP 2
MATERIA:	Lengua y literatura
DOCENTE/S COORDINADOR/ES	Depaoli María Eugenia
CORREO ELECTRÓNICO	medepaoli@yahoo.com.ar
CURSO Y DIVISIÓN	3ro. 3ra. TM
QUINCENA (1 O 2)	1 y 2

ACTIVIDADES A REALIZAR

Quincena 1

1.

Después de leer el texto desordenado, escribe en el espacio en blanco el orden correcto de cada párrafo.

«La obra y el poeta», de R.F. Burton

__ En la celda se puso a meditar y de la meditación surgió Hanuman con su ejército de monos y conquistaron la ciudad e irrumpieron en la torre y lo libertaron.

__ Años después, un rey lo encarceló en una torre de piedra.

__ El poeta hindú Tulsi Das compuso la gesta de Hanuman y de su ejército de monos.

«Historia de los boletos embrujados», de Alejandro Dolina

__ En la Avenida Rivadavia hablan de un boleto rojo, que es el boleto del amor. Quien lo obtenga conseguirá la adoración de todo el mundo, o al menos de sus compañeros de viaje. Se menciona también un boleto verde que condena a su poseedor a viajar eternamente, sin bajarse jamás del colectivo.

__ En la línea 86 venden el boleto de la muerte, pero se niegan a indicar cuál es su color y su número, para evitar discusiones con los usuarios. En general, puede afirmarse que todos los boletos influyen de algún modo en nuestra vida. Los inspectores son –ante todo– funcionarios del destino que impiden gambetear a la suerte.

__ Es posible que en este momento algún pasajero ya conozca el secreto del Cosmos. También puede haber ocurrido que la persona favorecida haya tirado el boleto sin consultar la cifra, o que la haya visto sin saber interpretarla.

__ Los colectiveros de Flores dicen que entre los miles de boletos que venden hay uno –solo uno– cuya cifra expresa el misterio del Universo. Quien conozca esta cifra será sabio.

__ No se sabe si el boleto ha sido vendido ya o si todavía permanece oculto en las herméticas máquinas que se usen para despacharlos.

a. Escribe en los huecos la palabra que falta.

causaba daba encontraba estaba hallaba impedía lamentaba quería sentía soñaba volaba volvía

Había una vez una Mosca que todas las noches [ ] que era un Águila y que se [ ] volando por los Alpes y por los Andes.

En los primeros momentos esto la [ ] loca de felicidad; pero pasado un tiempo le [ ] una sensación de angustia, pues [ ] las alas demasiado grandes, el cuerpo demasiado pesado, el pico demasiado duro y las garras demasiado fuertes; bueno, que todo ese gran aparato le [ ] posarse a gusto sobre los ricos pasteles o sobre las inmundicias humanas, así como sufrir a conciencia dándose topes contra los vidrios de su cuarto.

En realidad no [ ] andar en las grandes alturas o en los espacios libres, ni mucho menos.

Pero cuando [ ] en sí [ ] con toda el alma no ser un Águila para remontar montañas, y se [ ] tristísima de ser una Mosca, y por eso [ ] tanto, y [ ] tan inquieta, y [ ] tantas vueltas, hasta que lentamente, por la noche, [ ] a poner las sienes en la almohada.

Quincena 2

“El gigante egoísta”, de Oscar Wilde

Cada tarde, a la salida de la escuela, los niños se iban a jugar al jardín del Gigante. Era un jardín amplio y hermoso, con arbustos de flores y cubierto de césped verde y suave. Por aquí y por allá, entre la hierba, se abrían flores luminosas como estrellas, y había doce albaricoqueros que durante la Primavera se cubrían con delicadas flores color rosa y nácar, y al llegar el Otoño se cargaban de ricos frutos aterciopelados. Los pájaros se demoraban en el ramaje de los árboles, y cantaban con tanta dulzura que los niños dejaban de jugar para escuchar sus trinos.

–¡Qué felices somos aquí! –se decían unos a otros.

Pero un día el Gigante regresó. Había ido de visita donde su amigo el Ogro de Cornish, y se había quedado con él durante los últimos siete años. Durante ese tiempo ya se habían dicho todo lo que se tenían que decir, pues su conversación era limitada, y el Gigante sintió el deseo de volver a su mansión. Al llegar, lo primero que vio fue a los niños jugando en el jardín.

–¿Qué hacen aquí? –surgió con su voz retumbante.

Los niños escaparon corriendo en desbandada.

–Este jardín es mío. Es mi jardín propio –dijo el Gigante–; todo el mundo debe entender eso y no dejaré que nadie se meta a jugar aquí.

Y, de inmediato, alzó una pared muy alta, y en la puerta puso un cartel que decía:

ENTRADA ESTRICTAMENTE PROHIBIDA

BAJO LAS PENAS CONSIGUIENTES

Era un Gigante egoísta...

Los pobres niños se quedaron sin tener dónde jugar. Hicieron la prueba de ir a jugar en la carretera, pero estaba llena de polvo, estaba plagada de pedruscos, y no les gustó. A menudo rondaban alrededor del muro que ocultaba el jardín del Gigante y recordaban nostálgicamente lo que había detrás.

–¡Qué dichosos éramos allí! –se decían unos a otros.

Cuando la Primavera volvió, toda la comarca se pobló de pájaros y flores. Sin embargo, en el jardín del Gigante Egoísta permanecía el Invierno todavía. Como no había niños, los pájaros no cantaban, y los árboles se

olvidaron de florecer. Sólo una vez una lindísima flor se asomó entre la hierba, pero apenas vio el cartel, se sintió tan triste por los niños que volvió a meterse bajo tierra y volvió a quedarse dormida.

Los únicos que ahí se sentían a gusto eran la Nieve y la Escarcha.

–La Primavera se olvidó de este jardín –se dijeron–, así que nos quedaremos aquí todo el resto del año.

La Nieve cubrió la tierra con su gran manto blanco y la Escarcha cubrió de plata los árboles. Y en seguida invitaron a su triste amigo el Viento del Norte para que pasara con ellos el resto de la temporada. Y llegó el Viento del Norte. Venía envuelto en pieles y anduvo rugiendo por el jardín durante todo el día, desganchando las plantas y derribando las chimeneas.

–¡Qué lugar más agradable! –dijo–. Tenemos que decirle al Granizo que venga a estar con nosotros también.

Y vino el Granizo también. Todos los días se pasaba tres horas tamborileando en los tejados de la mansión, hasta que rompió la mayor parte de las tejas. Después se ponía a dar vueltas alrededor, corriendo lo más rápido que podía. Se vestía de gris y su aliento era como el hielo.

–No entiendo por qué la Primavera se demora tanto en llegar aquí –decía el Gigante Egoísta cuando se asomaba a la ventana y veía su jardín cubierto de gris y blanco–, espero que pronto cambie el tiempo.

Pero la Primavera no llegó nunca, ni tampoco el Verano. El Otoño dio frutos dorados en todos los jardines, pero al jardín del Gigante no le dio ninguno.

–Es un gigante demasiado egoísta –decían los frutales.

De esta manera, el jardín del Gigante quedó para siempre sumido en el Invierno, y el Viento del Norte y el Granizo y la Escarcha y la Nieve bailoteaban lúgubremente entre los árboles.

Una mañana, el Gigante estaba en la cama todavía cuando oyó que una música muy hermosa llegaba desde afuera. Sonaba tan dulce en sus oídos, que pensó que tenía que ser el rey de los elfos que pasaba por allí. En realidad, era sólo un jilguerito que estaba cantando frente a su ventana, pero hacía tanto tiempo que el Gigante no escuchaba cantar ni un pájaro en su jardín, que le pareció escuchar la música más bella del mundo. Entonces el Granizo detuvo su danza, y el Viento del Norte dejó de rugir y un perfume delicioso penetró por entre las persianas abiertas.

–¡Qué bueno! Parece que al fin llegó la Primavera –dijo el Gigante, y saltó de la cama para correr a la ventana.

¿Y qué es lo que vio?

Ante sus ojos había un espectáculo maravilloso. A través de una brecha del muro habían entrado los niños, y se habían trepado a los árboles. En cada árbol había un niño, y los árboles estaban tan felices de tenerlos nuevamente con ellos, que se habían cubierto de flores y balanceaban suavemente sus ramas sobre sus cabecitas infantiles. Los pájaros revoloteaban cantando alrededor de ellos, y los pequeños reían. Era realmente un espectáculo muy bello. Sólo en un rincón el Invierno reinaba. Era el rincón más apartado del jardín y en él se encontraba un niñito. Pero era tan pequeñín que no lograba alcanzar a las ramas del árbol, y el niño daba vueltas alrededor del viejo tronco llorando amargamente. El pobre árbol estaba todavía completamente cubierto de escarcha y nieve, y el Viento del Norte soplaba y rugía sobre él, sacudiéndole las ramas que parecían a punto de quebrarse.

–¡Sube a mí, niñito! –decía el árbol, inclinando sus ramas todo lo que podía. Pero el niño era demasiado pequeño.

El Gigante sintió que el corazón se le derretía.

–¡Cuán egoísta he sido! –exclamó–. Ahora sé por qué la Primavera no quería venir hasta aquí. Subiré a ese pobre niñito al árbol y después voy a botar el muro. Desde hoy mi jardín será para siempre un lugar de juegos para los niños.

Estaba de veras arrepentido por lo que había hecho.

Bajó entonces la escalera, abrió cautelosamente la puerta de la casa, y entró en el jardín. Pero en cuanto lo vieron los niños se aterrorizaron, salieron a escape y el jardín quedó en Invierno otra vez. Solo aquel pequeñín del rincón más alejado no escapó, porque tenía los ojos tan llenos de lágrimas que no vio venir al Gigante. Entonces el Gigante se le acercó por detrás, lo tomó gentilmente entre sus manos, y lo subió al árbol. Y el árbol floreció de repente, y los pájaros vinieron a cantar en sus ramas, y el niño abrazó el cuello del Gigante y lo besó. Y los otros niños,

cuando vieron que el Gigante ya no era malo, volvieron corriendo alegremente. Con ellos la Primavera regresó al jardín.

–Desde ahora el jardín será para ustedes, hijos míos –dijo el Gigante, y tomando un hacha enorme, echó abajo el muro.

Al mediodía, cuando la gente se dirigía al mercado, todos pudieron ver al Gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que habían visto jamás.

Estuvieron allí jugando todo el día, y al llegar la noche los niños fueron a despedirse del Gigante.

–Pero, ¿dónde está el más pequeñito? –preguntó el Gigante–, ¿ese niño que subí al árbol del rincón?

El Gigante lo quería más que a los otros, porque el pequeño le había dado un beso.

–No lo sabemos –respondieron los niños–, se marchó solito.

–Díganle que vuelva mañana –dijo el Gigante.

Pero los niños contestaron que no sabían dónde vivía y que nunca lo habían visto antes. Y el Gigante se quedó muy triste.

Todas las tardes al salir de la escuela los niños iban a jugar con el Gigante. Pero al más chiquito, a ese que el Gigante más quería, no lo volvieron a ver nunca más. El Gigante era muy bueno con todos los niños pero echaba de menos a su primer amiguito y muy a menudo se acordaba de él.

–¡Cómo me gustaría volverlo a ver! –repetía.

Fueron pasando los años, y el Gigante se puso viejo y sus fuerzas se debilitaron. Ya no podía jugar; pero, sentado en un enorme sillón, miraba jugar a los niños y admiraba su jardín.

–Tengo muchas flores hermosas –se decía–, pero los niños son las flores más hermosas de todas.

Una mañana de Invierno, miró por la ventana mientras se vestía. Ya no odiaba el Invierno pues sabía que el Invierno era simplemente la Primavera dormida, y que las flores estaban descansando.

Sin embargo, de pronto se restregó los ojos, maravillado, y miró, miró…

Era realmente maravilloso lo que estaba viendo. En el rincón más lejano del jardín había un árbol cubierto por completo de flores blancas. Todas sus ramas eran doradas, y de ellas colgaban frutos de plata. Debajo del árbol estaba parado el pequeñito a quien tanto había echado de menos.

Lleno de alegría el Gigante bajó corriendo las escaleras y entró en el jardín. Pero cuando llegó junto al niño su rostro enrojeció de ira, y dijo:

–¿Quién se ha atrevido a hacerte daño?

Porque en la palma de las manos del niño había huellas de clavos, y también había huellas de clavos en sus pies.

–¿Pero, quién se atrevió a herirte? –gritó el Gigante–. Dímelo, para tomar la espada y matarlo.

–¡No! –respondió el niño–. Estas son las heridas del Amor.

–¿Quién eres tú, mi pequeño niñito? –preguntó el Gigante, y un extraño temor lo invadió, y cayó de rodillas ante el pequeño.

Entonces el niño sonrió al Gigante, y le dijo:

–Una vez tú me dejaste jugar en tu jardín; hoy jugarás conmigo en el jardín mío, que es el Paraíso.

Y cuando los niños llegaron esa tarde encontraron al Gigante muerto debajo del árbol. Parecía dormir, y estaba entero cubierto de flores blancas.

a) ¿Qué personajes aparecen en el cuento? ¿Qué características tiene cada uno?
b) ¿Por qué el Gigante no quería que los niños jugaran en su jardín? ¿Cómo consigue que no entren más? ¿Qué lo hace cambiar de opinión?

c) ¿Quiénes abandonan el jardín junto con los niños y quiénes empiezan a ocuparlo?
d) ¿Cómo se transforma el jardín cuando los niños se van y cómo se transforma cuando vuelven?
e) ¿Quién era el niño chiquito, amigo del Gigante? ¿En qué momentos aparece?

2.

a) Reescribir las siguientes oraciones reemplazando las palabras en negrita por sinónimos o frases equivalentes.

o **Los pájaros se demoraban** en **el ramaje** de los árboles, y cantaban **con tanta dulzura** que los niños **dejaban de jugar** para escuchar sus **trinos**.

o **Hicieron la prueba de** ir a jugar en **la carretera**, pero estaba **llena** de polvo, estaba **plagada** de **pedruscos**, y **no les gustó**.

o **Todos los días se pasaba** tres horas tamborileando en los tejados de **la mansión**, hasta que **rompió la mayor parte** de las tejas.

o **A través de una brecha del muro** habían **entrado los niños**, y **se habían trepado** a los árboles.

o El Gigante era **muy bueno** con todos los niños pero **echaba de menos** a su primer amiguito y **muy a menudo se acordaba de él**.

b) Indicar a qué palabras se refieren los siguientes pronombres que aparecen subrayados en el cuento de Oscar Wilde:

- su:
- mío:
- allí:
- aquí:
- ellos:
- mí:
- ustedes:
- le:
- lo:
- estas:
- tu: